

## EDITORIAL

# UNA APROXIMACIÓN A LA RELACIÓN ENTRE LITERATURA Y PODER

J. Mauricio Taborda Alzate\*

“¿Es un imperio  
esa luz que se apaga,  
o una luciérnaga?”.

J. L. Borges, *La Cifra*.

Este Haikú del escritor argentino sintetiza en sus diecisiete sílabas la resistencia estética de la literatura frente al poder. No se trata de negar la materialidad del poder de un imperio, cuanto de mostrar su carácter efímero y endeble a pesar del gesto petulante de su impotencia. La confusión entre la luz de una luciérnaga y la decadencia de un imperio no es una metáfora, es una constatación que se logra a través de la razón poética, como la llamó María Zambrano.

Uno de los rostros de la verdad latinoamericana ha sido dibujado en la literatura. En este sentido se puede afirmar que el continente es anti platónico pues, a diferencia de *La República* (Platón) donde el poeta debido a su condición de exiliado del territorio de la verdad (*altheia*) no tenía derecho a participar en la deliberación de las decisiones en la *Polis*, en Latinoamérica los escritores, muchos de ellos desde el exilio, han puesto en obra (novelas, cuentos y poemas) la verdad de nuestras contradicciones, la verdad de nuestra paradójica identidad que fluye como los milenarios ríos continentales.

---

\* Licenciado en Filosofía. Magíster en Filosofía. Candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente es Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad CES. Ha sido profesor de cátedra en: los posgrados de Salud Pública y Epidemiología de la Universidad CES, la Maestría en Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana; la Maestría y la Especialización en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana; la Maestría en Educación de la Universidad San Buenaventura y en los posgrados administrativos de la Universidad Del Rosario (Bogotá). Es miembro del grupo de investigación ETICES, clasificado en C por Colciencias en el 2014. Medellín - Colombia. Correo electrónico: jtaborda@ces.edu.co

Si bien en Latinoamérica se han escuchado voces muy agudas desde el ensayo político y el tratado filosófico<sup>1</sup>, ha sido en la ficción literaria donde mejor se ha mostrado el genoma cultural de las sociedades latinoamericanas. En el arte de la palabra ha quedado plasmado el rostro del continente con sus líneas de expresión más características y sus cicatrices más vergonzosas.

No es gratuito que uno de los fenómenos creativos más fecundo del siglo XX en el concierto literario internacional, lo hayan protagonizado los escritores latinoamericanos. Nombres como: Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Pablo Neruda, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Ernesto Sábato, Alejo Carpentier; configuran algunas de las miradas que, a través de sus obras, mostraron los laberintos humanos que nacieron en estas tierras alucinantes. Todas estas miradas, cada una a su modo, maduraron en el exilio. Exilio que les permitió la perspectiva para mostrar a través de la ficción, la verdad desnuda de una topografía espiritual que, en su particularidad, tenía aliento universal.

Consecuente con la ambigüedad que, desde el origen, acompaña la fisonomía de las identidades continentales, este movimiento literario recibió el nombre de *Boom* latinoamericano<sup>2</sup>. El joven García Márquez a través de una carta fechada el 22 de julio de 1967, dirigida a Plinio Apuleyo Mendoza, describe así esta atmósfera:

No es completamente casual que cinco o seis escritores de distintos países latinoamericanos nos encontremos de pronto, ahora, escribiendo en cierto modo tomos separados de una misma novela, liberados de cinturones de castidad, de corsés doctrinarios, y atrapando al vuelo las verdades que nos andaban rondando, y a las cuales les teníamos miedo; por una parte, porque nos regañaban los camaradas, y por otra parte, porque los Gallegos, los Rivera, los Icaza, las habían manoseado mal y las habían malgastado y prostituido (Apuleyo Mendoza, 2013).

---

1 Por nombrar sólo algunos: José Ingenieros, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Fernando González, Nicolás Gómez Dávila, Germán Arciniegas, Eduardo Galeano, entre otros.

2 Aspecto al que se refiere con ironía Julio Cortázar en entrevista con Joaquín Soler Serrano en el programa español A fondo producido por la RTVE en el año 1977. (Soler Serrano, 1977)

Fueron los escritores quienes supieron mostrar a través de lo imposible verosímil (según la clásica definición de literatura en la *Poética* aristotélica) la verdad cotidiana y maravillosa de un continente solo aprehensible a través de la palabra poética, que es *logos* al servicio de la embriaguez (Zambrano, 2000 p. 33), palabra fundante de la identidad y auténtica raíz del tejido cultural. Una pregunta que sale al encuentro es la que indaga por la relación entre literatura y verdad: ¿a qué se le puede llamar verdad en la literatura, para afirmar que en el decir poético yace la verdad sobre América Latina?

La verdad en la literatura es una emergencia que acontece en el encuentro con el lector. Es a través de la mentira (verosímil) como la literatura potencia dicha emergencia. En el campo literario la verdad está en armonía disonante con la mentira. La cadencia estética propia de la palabra poética, provoca en el lector una perturbación que le permite modular la mirada y ver, como si de la transitoria luz de un relámpago se tratara, los contornos de la verdad. Edipo quizás no existió en la verdad como *adequatio*, pero Edipo se ha constituido en arquetipo de la contradicción vital y la angustia que lleva a arrancarse los ojos para no tener que ver a la cara la verdad que, ora desde el tabú, ora desde la negación, no se quiere aceptar.

La literatura entonces nos pone de frente con la médula de la paradoja humana. No se trata de la verdad como adecuación entre el intelecto y las cosas (tradición escolástica) o de la verdad como constatación empírica a través de un método válido (tradición analítica); en la literatura se trata más bien de la verdad como acontecimiento que instauro una ética del lector mediada por el encuentro con lo universal en las circunstancias particulares que recrea la atmósfera ficcional. La verdad literaria desborda el estatuto de todo canon epistemológico. La verdad literaria es un encuentro, no un *dictum*.

La relación entre literatura y verdad desborda el alcance y el objeto de este escrito. Hasta aquí se ha esbozado una posibilidad de la relación que reivindica la vecindad entre política, verdad y literatura. Otra posibilidad de pensar esta triada desde otra orilla, es la que Harold Pinter instauro al inicio de su discurso con motivo del recibimiento del Premio Nobel de Literatura en el 2005, donde la relación queda sentenciada a la imposibilidad:

En 1958 escribí lo siguiente: «No hay distinciones absolutas entre lo que es real y lo que no lo es, ni entre lo que es verdadero y lo que es falso. Una cosa no es necesariamente o verdadera o falsa; puede ser a la vez verdadera y falsa.» Creo que estas afirmaciones todavía tienen sentido y todavía son aplicables a la exploración de la realidad por medio del arte. Me atengo a lo que allí afirmé en tanto que escritor, pero en tanto que ciudadano no puedo. En tanto que ciudadano tengo que preguntar: ¿Qué es cierto? ¿Qué es falso? (Pinter, 2005)

Esta triada: política, verdad, literatura, goza de una suerte de proximidad, de vecindad con múltiples tensiones que hace imposible emitir un juicio de generalización sobre tal relación sin reducirla o tergiversarla. Por ello es necesario focalizar la mirada para evitar argumentos ingenuos o cargados de sesgos a la hora de pensar dónde se cruzan y se distancian la una de la otra. El poder político ha sido motivo de literatura. La literatura ha sido utilizada para fines políticos. La verdad ha sido un efecto de superficie de ambos artificios. Tal como cierra Platón su diálogo *El Cratilo o de la naturaleza* de los nombres: el asunto hay que seguirlo pensando.

A modo de síntesis prematura de esta aproximación, es necesario reconocer que esta tensa armonía entre literatura y poder, muestra la naturaleza trasgresora de las palabras, en el alcance que con precisión le da Octavio Paz a esta idea en *El arco y la lira*: “Se olvida con frecuencia que, como todas las otras creaciones humanas, los Imperios y los Estados están hechos de palabras: son creaciones verbales”. Tan demoledor como los ejércitos de Atila, es el Haikú borgiano: “¿Es un imperio / esa luz que se apaga / o una luciérnaga?”.